

# *La excelencia de las mujeres*

Plutarco



Traducción de  
Marta González González

 mármara





# El hilo de lana

2



La excelencia de las mujeres  
Plutarco

Título original: *Γυναικῶν ἀρεταί*

Primera edición: mayo de 2019

© 2019 de la nota previa, traducción y notas: Marta González González

© 2019 de esta edición: Mármara Ediciones

[www.marmaraediciones.es](http://www.marmaraediciones.es)

Ilustración de cubierta: Carmen Sotoca

Diseño de interior y maquetación: Ignacio Caballero

Impresión: Kadmos

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-120080-3-6

Depósito legal: M-14850-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

# La excelencia de las mujeres

## Plutarco

Traducción de Marta González González

El hilo de lana  
mármara ediciones

Para mis hermanos Fausto y Eduardo,  
hombres excelentes

*La excelencia de las mujeres* parece un texto escrito para un lector implícito femenino<sup>1</sup>. Plutarco dedica su ensayo a Clea y, como es lógico, lo primero que se espera de un filólogo clásico o de un historiador de la Antigüedad es que identifique a esta mujer, algo sobre lo que se informa en las correspondientes notas a pie de página, también en esta traducción en la que he reducido ese aparato al mínimo. Pero lo realmente interesante es señalar el hecho en sí de que ese hipotético lector en el que el autor piensa, y que puede no coincidir con el lector real, sea una mujer. Tal circunstancia ha sido poco frecuente en la literatura, no ya grecolatina, sino

Nota  
previa

---

<sup>1</sup> Utilizo aquí esta expresión, que considero útil y muy gráfica, para referirme sencillamente a la idea de que el autor escribe pensando, en primera instancia, en una lectora, más en concreto, en Clea. Me disculpo por este empleo en un sentido amplio y no estricto de esa categoría introducida por Wolfgang Iser en su conocida obra *El acto de leer*, trad. cast, Madrid, 1987, pero volveré sobre este asunto al final de esta breve nota introductoria.



universal, que, bajo apariencia de neutralidad, ha tenido casi siempre al varón como lector implícito. Además, Plutarco no solo escribe para Clea, sino que afirma haber hablado antes con ella del asunto que va a tratar; si la excelencia de las mujeres es como la de los varones. De manera que evitemos ya desde este momento dos tentaciones al leer este ensayo, la del anacronismo y la de la exageración.

Anacronismo: no podemos ni debemos pensar en Plutarco ni en ningún otro autor de la Antigüedad en términos de «feminismo». Sería mucho pedir una clara conciencia sobre los derechos de la mujer a un hombre que vivió en los siglos I y II d. C. cuando ni siquiera hoy existe una aceptación universal de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Pero esta evitación del anacronismo debe completarse con otra prevención, ahora contra la exageración: no es verdad que los antiguos griegos (dicho así, en general y sin matices) fueran especialmente misóginos, y que las antiguas griegas no abandonaran el telar salvo para ir de procesión o a buscar agua a las fuentes. Si muchos de los textos antiguos parecen rezumar misoginia es, en una gran medida, porque han ido incorporando la de las sucesivas generaciones de lectores, traductores, intérpretes y exégetas misóginos que nos han dicho cómo debíamos leer y qué debíamos entender cuando leíamos<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Susan Sontag, *Contra la interpretación*, trad. cast., Barcelona, 1984, sigue siendo una lectura muy recomendable. Véase también, más adelante, la nota 8.

Por otra parte, en relación con la actitud de Plutarco ante el coraje y el valor de las mujeres, hay que tener presente que la época de este autor no es ya la de la antigua polis; en las ciudades helenísticas la relevancia de las mujeres se había ido incrementando progresivamente y, ahora, en una Grecia incorporada hacía ya tiempo al Imperio romano, existen otros modelos de mujer, como la matrona, a la que se le reconocía un papel importante en la consolidación de los valores morales y políticos.

1

Que Plutarco haya hablado sobre las hazañas de las mujeres antes de ponerse a escribir y que, además, lo haya hecho con Clea, solo puede ser bueno para su obra. Decía Pericles en su elogio de Atenas (o eso le hizo decir Tucídides), que los atenienses no consideraban que hablar antes de actuar fuera algo dañino, sino que más bien ocurría al contrario: había que aclarar bien las ideas en una buena discusión antes de emprender cualquier acción<sup>3</sup>. El lector medianamente familiarizado con el estudio de la Grecia Antigua identificará rápidamente esa idea de un varón griego socializando (hablando por los codos) en el ágora, en el gimnasio, en el banquete. Llevar a cabo grandes hazañas estaba muy bien, pero elaborar buenos discursos era una habilidad necesaria para el funcionamiento de la democracia y aplaudida en cualquier

---

<sup>3</sup> Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II. 40.

circunstancia. No es casual que, en paralelo a esa figura del hombre hacedor de discursos, discurriera una larga lista de admoniciones dirigidas a la mujer para que hiciera justo lo contrario, callar y, muy especialmente, no perder el tiempo hablando con otras mujeres<sup>4</sup>. La misoginia, en Grecia y todavía ahora, ha utilizado como estrategia eficazísima la ruptura de los lazos sociales entre mujeres o, mejor todavía, el boicot a su misma existencia, así como la deslegitimación de su discurso tachándolo de engañoso. El texto de Plutarco nace de una conversación mantenida con su amiga Clea, circunstancia que merece ser señalada.

## 2

Las historias que relata Plutarco, de diferentes épocas y lugares, dejan claro que las mujeres griegas (y no solo las griegas, ya que los relatos hablan de mujeres de muy diversos orígenes) no estaban siempre en casa y además, como es natural, se comunicaban con los hombres y entre ellas. Gracias a este tratado tenemos información sobre su papel en la religión (habla Plutarco de devotas de Dioniso como las Tíades o las Dieciséis), sobre cómo madres e hijas podían acudir a fiestas en las ciuda-

---

<sup>4</sup> No hay que olvidar que en un famoso poema satírico contra las mujeres, del poeta Semónides de Amorgos (ss. VII-VI a.C.), la única mujer buena, la que viene de la abeja, tiene, entre otras cualidades, la de no sentarse a la puerta de casa a hablar con otras mujeres de ἀφροδισίους λόγους (*aphrodisious logous*, «cuentos de amor»), dice el poeta.

des vecinas (con permiso del padre, esposo o tutor, eso sí) o sobre cómo podían recibir un reconocimiento a su valor de muy diferentes maneras: mujeres que dan nombre a ciudades (es el caso de Lámpsace de la que tomó el nombre Lámpsaco, en Misia, Anatolia); mujeres que son enterradas en lugares señalados ;por haber muerto en combate!<sup>5</sup> (así dice de las mujeres a las que se enterró en la Vía Argiva); mujeres a las que se les dedica una estatua ecuestre (como se cuenta de Clelia); o, incluso, mujeres que reciben culto heroico tras su muerte.

En cuanto a este último asunto, el culto a las heroínas y la propia existencia de las mismas, está claro que en Grecia fueron muchas las figuras que entraron en esta categoría, pese a que la pervivencia abrumadora de los héroes, especialmente los homéricos, dificulte la percepción de esta realidad<sup>6</sup>. No deja de ser un argumento engañoso el que afirma, hablando precisamente de este tratado, que, como lo que Plutarco alaba en las mujeres es la *andreia*<sup>7</sup> (coraje *masculino* por definición etimológica), estas heroínas no son tales: las mujeres

---

<sup>5</sup> Las tumbas por los caídos en la guerra solían ser tumbas de varones y que esto se señalara en el epitafio es un hecho bien conocido; también lo es que la muerte de las mujeres en el parto podía tener un reconocimiento y que esta circunstancia se señalara en el monumento fúnebre. Plutarco ofrece aquí una información preciosa sobre un monumento fúnebre a mujeres muertas en la guerra.

<sup>6</sup> Es fundamental el estudio de Jennifer Larson, *Greek Heroine Cults*, Wisconsin, 1995.

<sup>7</sup> El término *andreia* (ἀνδρεία) viene de *aner* (ἀνὴρ), gen. *andros* (ἀνδρός), «varón».

son «heroicas» cuando asumen la *andreia*, o valor masculino, se dice<sup>8</sup>. Es verdad que, a falta de una palabra para *valor* que no esté construida a partir del término *varón*, Plutarco reconoce en las mujeres la cualidad de la *andreia*, pero con eso les está atribuyendo un heroísmo igual al de los varones, ni más ni menos, independientemente (a pesar, podríamos decir) de no tener una palabra más apropiada para hacerlo. Lo mismo ocurre en castellano con el término *virtud*, y dudo mucho que todos sepan que esta palabra viene de *vir*, «varón» en latín, y dudo también que eso nos impida utilizarla para hablar de las mujeres o que con ello estemos masculinizando sus méritos.

### 3

¿De qué clase son estas grandes demostraciones de excelencia de las que habla Plutarco en este tratado? Las

---

<sup>8</sup> Argumento pesimista que leemos en Pauline Schmitt Pantel, *Aithra et Pandora. Femmes, Genre et Cité dans la Grèce antique*, París, 2009, p. 187. Que la misoginia, consciente o inconsciente, está muchas veces en quien lee y no en Plutarco se ve en una reciente edición italiana de *Moralia* (Bompiani, 2017) en donde se ha escrito lo siguiente: «En la mayor parte de los casos se exaltan, de hecho, rasgos de comportamiento típicamente masculinos (uso de la fuerza física, sentido de la justicia y amor por la patria)», p. 2584. Sin embargo, el propio Plutarco había dicho, en el inicio del tratado, que la excelencia de hombres y mujeres era una y la misma: ¡Plutarco no es Aristóteles ni Pseudo Aristóteles! (vid., en el volumen 1 de esta colección, la nota previa de Jorge Cano Cuenca). Una visión más equilibrada de la presentación que hace Plutarco de las hazañas de las mujeres puede verse en Montserrat Jufresa, «Las mujeres y la violencia en las *Moralia* de Plutarco», en *La passió per la llibertat*, Barcelona, 2004, pp. 160-163.

hazañas de las mujeres son variadas. Desde figuras como Aretafila, que libró a la ciudad de Cirene de la tiranía en dos ocasiones, o Jenócrita, que hizo lo propio en Cumas, hasta personajes como Quiómara, que se dio el gusto de arrojar a los pies de su marido la cabeza del hombre que la había violado, o Camma, que envenenó al asesino de su esposo, aunque para conseguirlo sacrificó a la vez su propia vida, o Timoclea, que vengó su ultraje asesinando, con ayuda de sus sirvientas, al soldado que la había violado y pretendía robarle sus bienes, o Erixa, que, con el auxilio de sus hermanos, libró a la ciudad de Cirene de la tiranía y a sí misma de una unión indeseada.

En algunas de estas historias, que mezclan lo político y lo personal (las tiranicidas suelen actuar cuando los tiranos lo son, sobre todo, de su propio cuerpo), las mujeres cuentan en ocasiones con la ayuda de varones de la familia o, simplemente, de otros ciudadanos deseosos de recobrar la libertad.

También hay lugar para heroínas que evocan a Antígona, como la anónima mujer de Pérgamo que se atrevió a cubrir el cadáver de un gálata al que Mitrídates había ejecutado, algo a lo que ni los amigos más próximos al fallecido se habían arriesgado.

#### 4

Hay, sin embargo, ocasiones en las que las mujeres son especialmente heroicas y lo son sin la ayuda de ningún hombre. Así, leemos que en una ocasión unas devotas

de Dioniso, las Tíades, habían perdido el norte en medio de la noche, en sus carreras extáticas por el monte Parnaso. Acabaron dormidas en el ágora de la ciudad de Anfisa, un lugar peligroso en ese momento a causa de un conflicto bélico. Las mujeres de Anfisa, temerosas de que los soldados pudieran hacer daño a estas mujeres, se colocaron junto a ellas, esperaron a que despertaran y, una vez despiertas, se ocuparon de ellas, les dieron alimento y convencieron a sus maridos para que las escoltaran hasta la frontera. En otra ocasión fueron las mujeres consagradas a Dioniso en Élida las que soportaron golpes de la guardia del tirano Aristotimo cuando se atrevieron a suplicar en favor de unas mujeres que estaban siendo maltratadas. Y, en este mismo contexto, fue una gran demostración de excelencia la de Megisto, la mujer que, después de la caída del mencionado Aristotimo, evitó con sus palabras que las represalias contra el tirano recayeran con toda su crueldad sobre sus jóvenes hijas. Efectivamente, Aristotimo fue ejecutado y su mujer se ahorcó antes de que nadie pudiera hacerle daño; sin embargo, las hijas del tirano estuvieron a punto de ser violadas por una turba a la que contuvo Megista que, junto con otras mujeres, reprochó a los que ahora se consideraban un pueblo libre y no esclavo de un tirano que se comportaran igual que él. Las muchachas no se libraron de la muerte, pero sí de la tortura y la violación.

¿Cómo llamaríamos a estas acciones? Podemos hablar de excelencia, como Plutarco, podemos decir «coraje»,

«valor», o, más específicamente, «sororidad», término que, por supuesto, hemos empleado siempre que nos ha apetecido, pero que ahora ha recibido incluso la bendición académica<sup>9</sup>.

5

Narra también Plutarco historias que no acaban bien, que no se cierran con la cabeza del monstruo rodando por el escenario. En contextos de guerra, entonces como hoy, los abusos sexuales eran práctica común. Lo dice Plutarco: hablando de una prisionera, escribe que el militar que la capturó se aprovechó de la ocasión y la deshonoró (¿o deberíamos empezar a decir «se deshonoró a sí mismo»?), *como suelen hacer los soldados* (στρατιωτικῶς, *stratitikos*). Era la misma Quiómara de la que hablé más arriba, que al menos tuvo la oportunidad de cortarle la cabeza a su agresor. Pero, como decía, este final feliz es la excepción. El destino que esperaba a las mujeres cuando su pueblo era vencido en la guerra era ser objeto de abusos, lo que explica que no dudasen en preferir la muerte, como relata Plutarco al hablar de las mujeres de la Fócide o de la joven Mica. La mujer como botín de guerra aparece también en las historias de Timoclea o Policrite. Que el término στρατιωτικῶς, *stratitikos*, que he traducido «co-

---

<sup>9</sup> A pesar de los puchereros y mohínes de algunos académicos. ¡Para que luego le reprochemos a Plutarco que emplee la palabra *andreia* para el coraje femenino y no sea más específico!



mo suelen hacer los soldados», pero que podría traducirse también como «militarmente, de modo militar, al modo de los soldados», no merezca una nota en las ediciones y traducciones de este tratado de Plutarco es muy significativo en relación con lo que decía al principio: leemos y estudiamos estos textos a través de los cientos de ojos y plumas que nos han precedido. Si *stratitokos* fuera una palabra digna de consideración por alguna particularidad lingüística o presentara algún problema en la transmisión textual, la correspondiente nota en una edición cualquiera sería prolija y la bibliografía se incrementaría de editor en editor. Pero no es así porque el término en cuestión no tiene misterio alguno desde el punto de vista de la lengua; sin embargo dice algo terrible. Plutarco dice algo terrible (y que lo diga ya es mucho) y no es culpa suya si se traduce con indiferencia<sup>10</sup>.

Otro tipo de violencia, también sexual, pero fuera del ámbito de la guerra, es la que ejercen los hombres sobre las mujeres al obligarlas, uniéndose contra su voluntad con quien ellos decidan, a poner fin a la escasez de

---

<sup>10</sup> La investigadora Kathy L. Gaca ha escrito trabajos indispensables sobre la violación sistemática de mujeres y niñas como arma de guerra en el mundo antiguo (véase, muy recientemente, «Ancient Warfare and the Ravaging Martial Rape of Girls and Women. Evidence from Homeric epic and Greek drama», en *Sex in Antiquity. Exploring Gender and Sexuality in the Ancient World*, editado por Mark Masterson, Nancy Sorkin Rabinowitz y James Robson, Londres, 2015, pp. 278-297). Cito un único ejemplo: cuando Héctor se despidió de su esposa Andrómaca, en la conocida escena del canto VI de la *Iliada*, le dice que espera haber muerto antes de tener que oír sus gritos o la noticia de que ha sido capturada. El escoliasta anota lo siguiente: «De todos los horrores de la guerra, la violación de las mujeres es el peor».

población causada por la guerra. Esto cuenta Plutarco hablando nada menos que de Argos, donde, según él, tuvo lugar la hazaña más famosa de las mujeres en la Antigüedad al enfrentarse ellas mismas, capitaneadas por la poeta Telesila, al rey Cleómenes de Esparta. Pues bien, a unas mujeres como esas obligaron después sus propios familiares varones a unirse con los metecos para procrear (los mejores de los metecos, dice Plutarco para nuestra tranquilidad). Conservamos un brevísimo fragmento de esta Telesila, la poeta de Argos que encabezó la resistencia argiva frente a los espartanos, y dice así: «Ártemis, muchachas, huyendo de Alfeo...»<sup>11</sup>. Ya sabía Telesila que hasta las diosas tenían que lanzarse a la carrera de vez en cuando para escapar del acoso y de la violencia sexual; en este caso, es nada menos que la cazadora Ártemis la que huye del dios-río Alfeo.

No quisiera dejar pasar en este recorrido por la cara oscura de las historias plutarqueas un episodio que está muy lejos de la excelencia. Se trata de la historia de Estratónice, mujer del rey Diotaro. Como no podía tener hijos y su marido los necesitaba para la sucesión del reino, le propuso tenerlos con otra mujer y criarlos ella misma como suyos. Dicho y hecho: a su esposo le pareció una gran idea y ella misma le buscó una hermosa muchacha de entre las prisioneras de guerra a la que le arrebataron al niño una vez nacido. Plutarco no parece

---

<sup>11</sup> Es el fragmento 409 en la edición de D.L. Page, *Lyrice Graeca Selecta*, Oxford, 1968: ἡ δ' Ἀρτεμις, ὦ κόραι, φεύγουσα τὸν Ἀλφεόν.

sentir ninguna necesidad de justificar esta barbaridad, seguramente porque no la considera como tal, y, lejos de eso, alaba la excelencia de la esposa. Una pareja poderosa utiliza el vientre de una mujer esclavizada, entonces como hoy. Me gusta imaginar que, si también de esto hubiera hablado con Clea y ella se hubiera atrevido a dar su opinión, quizá hubiera reconsiderado calificar como hazaña esta villanía. Sea como sea, agradezcámosle que nos ahorre argumentos a favor, que para eso ya tenemos a los actuales traficantes de personas.

## 6

Querida lectora, querido lector, ¿a que ya no piensas que la Grecia Antigua era un infierno de misoginia y que menos mal que esas cosas ya no pasan? Por desgracia, se avanza con lentitud y a cualquiera que no viva enteramente al margen de la actualidad las historias de estas mujeres excelentes les parecerán muy cercanas. La misoginia y la xenofobia, las llamadas a silenciar a las mujeres todas y a expulsar a los extranjeros pobres, movilizan con una eficacia estremecedora a las hordas indocumentadas. No seamos anacrónicos, no llamemos a Plutarco «feminista», pero reconozcamos que sabía utilizar el concepto de género con la habilidad y discreción que concede el haber leído mucho y el haber pensado también mucho antes de escribir, dos requisitos de los que prescinden, seguramente por las prisas, muchos emborronapapeles hoy en día. Así, cuando Plutarco habla del valor de la romana

Clelia, que escapó y ayudó a escapar a sus compañeras, rehenes como ella en el campamento de Porsena, dice que este le regaló un caballo porque consideró que su audacia había sido propia de un varón y, por tanto, el regalo fue también el apropiado para un varón. Clelia era una mujer (sexo) de la que no se esperaba que, como mujer, tuviera tanto coraje (género). Plutarco lo entiende y lo explica perfectamente. Él tuvo la suerte de que ningún obispo (hasta donde yo sé) lo acusara de envenenar el aire con la demoníaca ideología de género.

Este tratado de Plutarco merece ser leído sin prejuicios y su autor merece un reconocimiento por haber entendido que la excelencia, las diferentes maneras de manifestarse las variadas virtudes humanas, no entiende de sexos. En este sentido, ahora, al final de esta pequeña nota introductoria, quiero matizar la afirmación con la que comenzaba: Plutarco se dirige a Clea, y esto es muy relevante, pero su lector implícito quizá era más bien aquel varón prototípico que se negaba a reconocer en las mujeres los mismos valores y méritos que se atribuyen los hombres<sup>12</sup>.

Marta González González

---

<sup>12</sup> Esta propuesta alternativa de «lector implícito» para este tratado plutarqueo se la debo a mi querido amigo Javier Campos Daroca. Plutarco escribe en contra de una opinión establecida y avalada por la autoridad, entre otros, de Tucídides, al que Plutarco cita al comienzo mismo de su obra, y es para el lector necesitado de pruebas, para el lector todavía no convencido, para el que Plutarco recoge estos ejemplos de mujeres excelentes.

El título de esta obra, Γυναικῶν ἀρεταί, suele traducirse como *Las virtudes de las mujeres*, sin embargo, he optado por la palabra *excelencia* y no *virtud* porque me parece que recoge mejor el sentido del término griego ἀρετή (*arete* es la pericia, el mérito, la excelencia en la realización de una empresa, o en el desempeño de la tarea que a cada uno le es propia). De las diferentes manifestaciones de esa excelencia trata esta obra, de ahí que en el título griego se emplee el término en plural, algo en lo que no he seguido a Plutarco. He intentado hacer una traducción literal y fluida; toda la información que busque y no encuentre el lector interesado en las notas que yo he introducido, puede consultarla en cualquiera de las versiones de este tratado en colecciones modernas de textos clásicos, especialmente en la preparada por Mercedes López Salvá para la Biblioteca Clásica Gredos (véanse también Loeb Classical Library, en inglés y griego; Collection Budé, en francés y griego; Bompiani, en italiano y griego; Adesiara, en catalán y griego). Es muy recomendable la traducción al portugués de Maria do Céu Fialho, Paula Baratas Dias y Cláudia Cravo da Silva, que titulan esta obra, muy apropiadamente, *A coragem das mulheres*, Coimbra 2001.

Esta  
traduc-  
ción

## LA EXCELENCIA DE LAS MUJERES

[[242E]] Sobre la excelencia de las mujeres, Clea<sup>13</sup>, no tengo la misma opinión que Tucídides<sup>14</sup>. En efecto, este opina que la mejor es aquella de la que menos se habla entre los de fuera, ya sea para censurarla o para alabarla, pues supone que, lo mismo que su cuerpo, también el nombre de la mujer recta tiene que estar bajo llave y sin poder salir. Más ingenioso me parece Gorgias<sup>15</sup> cuando anima a que, no la imagen, sino la reputación de la mujer sea conocida por la mayoría. [[242F]] Y la mejor me parece la costumbre de los romanos, que dedican en público, a hombres y mujeres por igual, los elogios apropiados tras su muerte. Por este motivo, cuando murió la noble Leóntide, rápidamente tuvimos tú y yo una larga conversación a la que no le faltó el consuelo de la

---

<sup>13</sup> Clea, a quien Plutarco dedica esta obra, era hija de un matrimonio con el que el autor tenía una profunda amistad. Era sacerdotisa de Dioniso en Delfos.

<sup>14</sup> El historiador Tucídides (*Historia de la Guerra del Peloponeso*, II, 45) puso en boca de Pericles una afirmación que la posteridad convirtió en sentencia: de las mujeres mejor no hablar, ni para bien, ni para mal.

<sup>15</sup> Gorgias de Leontinos, famoso sofista del siglo V a. C.

filosofía, y ahora, tal como quisiste, lo que quedó fuera de aquella charla sobre el asunto de que es una sola la excelencia del hombre y de la mujer, [[243A]] lo he recogido por escrito para ti, sirviendo la historia de demostración y sin haberlo ordenado para el mero placer del oído. Ahora bien, si hay algo agradable en la naturaleza del ejemplo que pueda sumarse a la persuasión, este discurso no rechaza la gracia que pueda ayudar a la demostración ni se avergüenza de *unir estrechamente las Gracias con las Musas, hermosísima pareja*, como dice Eurípides<sup>16</sup>, enlazando la argumentación con el amor del alma por la belleza.

Veamos, pues: si al afirmar que el talento para la pintura de hombres y mujeres es el mismo presentamos pinturas hechas por mujeres de la misma calidad que las que dejaron Apeles o Zeuxis o Nicómaco<sup>17</sup>, [[243B]] ¿alguien nos lo reprocharía, como si pusiésemos nuestras miras en complacer y seducir más que en persuadir? No lo creo así.

Sigamos. Si al demostrar que el arte poética o adivinatoria no es diferente sino la misma en hombres y mujeres comparásemos los poemas de Safo con los de Anacreonte<sup>18</sup> o las predicciones de la Sibila con las de

---

<sup>16</sup> Plutarco cita de memoria el verso 673 de *Hercules Furens*.

<sup>17</sup> Pintores griegos, el más famoso de los cuales fue Apeles de Colofón (s. iv a. C.); de la misma época es el tebano Nicómaco. Zeuxis de Heraclea es un poco anterior, de finales del s. v a. C.

<sup>18</sup> Safo de Lesbos y Anacreonte de Teos son dos renombradísimos poetas griegos; vivieron entre el s. vii y el vi a. C. ella, y entre el vi y el v a. C. él.



Bacis<sup>19</sup>, ¿podría alguien censurar con justicia esta demostración, como si condujera al oyente a la persuasión complaciéndolo y agradándolo? No podría decirse tal cosa.

De hecho, no hay manera mejor de conocer las semejanzas y diferencias entre la excelencia de las mujeres y la de los hombres que colocar vidas junto a vidas y hechos junto a hechos, [[243C]] como obras de un gran arte, y mirar si tiene el mismo carácter y forma la magnificencia de Semíramis que la de Sesostris<sup>20</sup>, o la sagacidad de Tanaquil que la del rey Servio<sup>21</sup>, o la altura de miras de Porcia que la de Bruto<sup>22</sup>, o la de Timoclea que la de Pelópidas<sup>23</sup>, según la singularidad más profunda y según su fuerza. Las manifestaciones de la excelencia presentan algunas diferencias entre ellas, como existen diferentes colores de la piel por las diferentes naturalezas, y se conforman a las costumbres establecidas, al temperamento, a la alimentación y al género de vida. Diferentes

---

<sup>19</sup> Profeta legendario de Beocia; al colocar su nombre al lado de la también legendaria Sibila, una y otro sirven para evocar a cualquier intérprete de oráculos, sea hombre o mujer.

<sup>20</sup> Semíramis fue una legendaria reina asiria. Cristina de Pizán (1364-1430), en la *Ciudad de las Damas*, obra capital para la Historia de las Mujeres, hace de esta «mujer heroica, resuelta y llena de valor» la primera piedra de los cimientos de dicha ciudad. Clelia, de la que Plutarco hablará más adelante, será la última piedra de esos cimientos sobre los que Cristina de Pizán levanta los muros de su ciudad. Sesostris fue un faraón de la duodécima dinastía.

<sup>21</sup> Tanaquil era la esposa de Lucio Tarquinio Prisco, primer rey etrusco de Roma; Servio fue su sucesor en el trono.

<sup>22</sup> Bruto participó en la conjura contra César en los famosísimos Idus de marzo del 44 a. C.; Porcia, hija de Catón de Útica, era su esposa.

<sup>23</sup> Las hazañas del tebano Pelópidas son bien conocidas; las de Timoclea las relata el mismo Plutarco en este tratado.

son la valentía de Aquiles y la de Áyax, la prudencia de Odiseo no es como la de Néstor, [[243D]] ni la justicia de Catón como la de Agesilao, ni el amor de Irene por su marido como el de Alcestis<sup>24</sup>, ni la grandeza de espíritu de Cornelia como la de Olimpia<sup>25</sup>. Pero no vayamos por eso a hacer muchas y diferentes valentías, prudencias y justicias si las diferencias particulares no obligan a eliminar a ninguna de la definición común.

Lo que es de sobra conocido y aquello de cuanto sé que tú, familiarizada con muchos libros, tienes noticia y conocimiento, lo omitiré, excepto si algo digno de interés se les hubiera escapado a los que antes de mí han narrado estas historias conocidas por el público. Una vez que son muchas las empresas dignas de mención llevadas a cabo por las mujeres, colectiva o individualmente, [[243E]] no es mala idea empezar con una breve exposición de las hazañas colectivas.

#### MUJERES DE TROYA

La mayoría de los que escaparon de Troya tras la toma de la ciudad sufrieron una tempestad y, por su inexperiencia en la navegación y desconocimiento del mar, fueron arrastrados hasta Italia y se precipitaron, por necesidad, a puertos y lugares en torno a la desembocadura del río Tíber que a

---

<sup>24</sup> No está muy claro quién es esta Irene, ¿quizá la concubina de Tolomeo VIII? Alcestis es un personaje mítico que dio la vida por su esposo e inspiró la obra homónima de Eurípides.

<sup>25</sup> Madre de los Gracos la una y de Alejandro Magno la otra.